

# Solemnidad de San José Esposo de la Bienaventurada Virgen María

*Basílica San José de Flores*

Así como María fue elegida para que Dios pueda entrar en el mundo, eligió también a José, su prometido, para que haga las veces de padre de Jesús. Ocurre que ella concibió un hijo por obra del Espíritu Santo. Como lo describe un poeta, «su vientre primerizo, calladamente se deforma en cántaro, cediendo a la presión continua del misterio» y José lo nota, la noticia corre de boca en boca y las murmuraciones son crueles y llegan a la carpintería de José. La ley sobre el adulterio lo asiste para romper el compromiso y hasta podía denunciar públicamente y ser lapidada por la turba en la puerta de su casa. Pero él es un varón “justo”; opta por el retiro en silencio y

elige el modo más moderado, guardando un repudio en secreto para no herir más a quien amaba (Dt 22, 20-21).

Para entender esta actitud de José se le puede aplicar lo que el salmo primero exalta de los justos en la sabiduría de Israel: «Feliz el hombre ...que se complace en la ley del Señor y la medita de día y de noche! El es como un árbol plantado al borde de las aguas, que produce fruto a su debido tiempo, y cuyas hojas nunca se marchitan: todo lo que haga le saldrá bien, porque el Señor cuida el camino de los justos».

María tuvo una inefable revelación del Ángel Gabriel al anunciarle su maternidad divina; José, por su parte, tuvo también



un anuncio angélico, pero con el discreto y simbólico lenguaje de los sueños. Sí, también Dios reveló sus designios a José y lo hizo a través de sueños. Los ángeles se presentan en sueños y anuncian realidades que se cumplen en el tiempo real, y cuando son discernidos por un hombre religioso, que confía en Dios, no duda en obedecer lo que ordena. Los sueños recibidos por José se convirtieron en revelaciones y ahí hay un varón de recta intención, capaz de escuchar con el corazón, desentrañar el lenguaje simbólico y su sentido espiritual, reconocer su procedencia divina y ponerse a su servicio, aunque eso significase una audacia en grado heroico.

José estaba muy angustiado por el embarazo de María «Mientras pensaba en esto –nos dice el Evangelio de San Mateo–, el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir a María...». El ángel echó luz a su dilema y entonces aflora la gran revelación del misterio que está aconteciendo en María: Cristo no nace por gestación humana ni del deseo de la carne, sino solo por el Espíritu de Dios que obra en María Virgen. «José es un padre soñador, en el sentido de que sabe mirar más allá de lo que ve con una mirada profética, capaz de reconocer el plan de Dios donde otros no ven nada». Y por eso supo ver en su prometida embarazada la presencia y la acción misteriosa de Dios.

Nada dicen los Evangelios si se completaron los ritos tradicionales del matrimonio judío y si se hizo fiesta de una semana como aquella boda que describe San Juan en Caná de Galilea. Lo que sí debemos suponer es que José llevó a su prometida a la casa que él mismo construyó con sus manos. El anuncio del Ángel fue determinante en su vida y ya no tuvo dudas, mientras tanto va meditando el encargo recibido, porque ya sabe que para el hijo de María hay un nombre dispuesto por Dios: «pondrás el nombre de Jesús», que en la lengua hebrea

significa “el Señor Salva”, “El Salvador”. Y el humilde carpintero de Nazaret será el responsable de ponerle el nombre que lo identificará con su misión: «porque él salvará a su Pueblo de todos sus pecados» (Mt 1, 21).

San José es el soñador silencioso –ni una sola palabra de él registraron los Evangelios–, sin embargo, su testimonio es muy elocuente, nos da el ejemplo de que Dios nunca nos suelta de su mano, que su promesas no defraudan, que vale la pena confiar en él. En cada circunstancia de su vida, José supo pronunciar su “fiat”, como María en la Anunciación y Jesús en Getsemaní.

El Evangelio de Mateo nos deja a la puerta del hogar de Nazaret donde transcurrirá la vida cotidiana de la Sagrada Familia. Ella no fue solamente un compartir de alegrías, pruebas, actividades de la vida cotidiana. Ella fue, en primer lugar, una puesta en común de la vida de la gracia que contagiaba Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre. Pero si seguimos los pasos a José, él nos permite entrar en su Carpintería, contigua a su casa, donde empieza a entenderse la vida de Jesús y su Evangelio. Los encontramos felices en la pobreza, de una honestidad verdadera.

Es en esa escuela humilde donde comprendemos la importancia que tiene el ambiente que rodeó su vida durante su estancia entre nosotros, y lo necesario que es el conocimiento de los lugares, los tiempos, las costumbres, el lenguaje, las prácticas religiosas, en una palabra, de todo aquello de lo que Jesús se sirvió para revelarse al mundo. En la humilde casa de obreros todo habla de Dios, todo tiene un sentido, y José, siempre en un segundo plano, en silencio, trabaja, ama, pacientemente transmite la sabiduría de Israel a su hijo y lo inicia en los secretos de su oficio con la madera y las relaciones humanas que se abren a través del trabajo de sol a sol.



Nadie se engañe, José es descendiente de David, a quien Dios le hizo una promesa : «yo elevaré después de ti a uno de tus descendientes, a uno que saldrá de tus entrañas, y afianzaré su realeza». Así lo llamó el Ángel «José, hijo de David». A José le pertenecía el Reino de Israel, entonces usurpado por Herodes que había sido coronado por los romanos y funcional a ellos..., pero José no reparó en ello, sobre todo cuando después de la visita de los Reyes magos, entendió que su misión era cuidar al rey de Reyes, destinatario último de la promesa al Rey David.

Dice el Papa Francisco: «El objetivo de esta Carta apostólica es que crezca el amor a este gran santo, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución. En efecto, la misión específica de los santos no es sólo la de conceder milagros y gracias, sino la de interceder por nosotros ante Dios, como hicieron Abrahán y Moisés, como hace Jesús, «único mediador» (1 Tm 2,5), que es nuestro «abogado» ante Dios Padre (1 Jn 2,1), «ya que vive eternamente para interceder por nosotros» (Hb 7,25; cf. Rm 8,34)».

## **Oración a la humildad de San José:**

Queremos saber San José:

¿cómo se vive siendo número dos,  
cómo se hacen cosas fenomenales  
en un segundo puesto,  
cómo se es feliz sirviendo y sin aplausos,  
cómo se persevera y se muere, sin esperar  
recompensas humanas?

Enséñanos José:

¿cómo se es no protagonista,  
cómo se avanza sin pisotear,  
cómo se colabora sin imponerse a los  
demás, cómo se ama sin reclamar?

Explicanos José:

¿cómo se es grande sin exhibirse,  
cómo se lucha sin aplauso,  
cómo se avanza sin publicidad,  
cómo se persevera y se muere  
sin esperar un homenaje?

«Vayan a ver a José y hagan lo que él les diga» (Gn 41,55). –nos señala la Biblia y la Iglesia lo dice de San José–, quien siendo tan importante en el plan de salvación, no se vanaglorió, muy por el contrario, desapareció en silencio...